

SUMARIO

La quiebra del sistema, por J. A. —*La maledicencia en la Historia*, por Manuel Alvarez Espinosa, capitán de infantería.—*Orientación de las organizaciones militares de Alemania y Austria-Hungría*.—*Apuntes para un estudio militar de la batalla de las Navas de Tolosa*, por Federico Pita, capitán de infantería.—*Bibliografía*.

BIBLIOTECA

Pliego 39 de «*Geografía Universal*» (2.º tomo), por D. Luis Trucharte.
Una lámina «*De la resolución de los problemas de tiro sobre el campo de batalla*».
Pliegos 13 y 14 de «*La instrucción de tiro con ametralladoras en el extranjero*».

LA QUIEBRA DEL SISTEMA

Gracias á una movilización perfectamente estudiada y dispuesta, los búlgaros vertieron en filas, en la primera quincena de octubre, á todos los hombres pertenecientes á la reserva, desde la primera á la última categoría. Un mes después, fueron llamados á las armas los reclutas de los reemplazos próximos y aquellos hombres que por su edad relativamente avanzada parecía no serían ya ni necesarios ni convenientes al ejército. De esta suerte, aquel minúsculo Reino llegó á disponer de cerca de 400.000 soldados y consiguió una marcada superioridad numérica sobre los turcos, á las que derrotó, tanto por esta ventaja, como por haber movilizado totalmente sus tropas cuando aun estaban dando los primeros pasos en esta labor los otomanos. Las victorias de Kirk-Kilisé y Lule Burgas dieron á los búlgaros la fuerza moral, el convencimiento de su superioridad sobre sus enemigos, de manera que todo parecía indicar, y así lo decía la lógica, que cuanto más avanzara la campaña tanto mas se acentuaría el desequilibrio entre ambos beligerantes. Pero, con gran sorpresa de los que habían seguido superficialmente el desarrollo de la guerra, se paralizó de pronto la ofensiva búlgara, y aquel renombrado ejército perdió su potencia de acometividad con la misma rapidez que la adquiriera.

¿Qué había ocurrido? ¿Qué nuevos hechos ó causas eran los causantes de que á la febril actividad desplegada en los días 20 de octubre á 3 de noviembre sustituyeran la pasividad de todo el mes de noviembre y la actitud expectante que guardan los búlgaros desde el 3 de febrero, á pesar de que han dispuesto libremente de dos meses para completar y perfeccionar sus medios castrenses de todos géneros?

Sencillamente, que el instrumento puesto en sus manos ha dado su máximo rendimiento y se encuentra á punto de agotarse.

Mediante un supremo esfuerzo, la nación búlgara se alzó en armas; nunca como entonces se vió tan claro el espectáculo de un pueblo que envía todos sus elementos masculinos á la guerra. Fué el sistema de organización militar fundado en el servicio general obligatorio llevado á su más alto grado de perfección, el que se presentó á la vista de todas las Potencias.

La masa de sus tropas, producto del servicio general, y su velocidad, hija de la movilización y concentración, dieron á los búlgaros una potencia viva incontrastable, pero esa velocidad no pudo menos de anularse rápidamente porque dependía de la continuidad de la vida nacional en sus cauces naturales, normales. En suspenso la existencia y el trabajo nacional, el ejército, que se nutre y alimenta de ellas, el ejército, ha tenido forzosamente que hacer un alto y detenerse, toda vez que de lo contrario hubiera marchado á su ruína y á la de su pueblo.

Esta es una lección, para muchos inesperada, pero que otros habían previsto, que no debemos perder ni un momento de vista.

Si la victoria se pretende obtener mediante inmensas muchedumbres armadas, será necesario lograrla en un espacio de tiempo brevísimo, muy corto, que ha sido de un mes para Bulgaria y que no se prolongaría mucho más para otras naciones de más recursos. Llegado al punto límite, el ejército nacional así formado carecerá de reservas, no habrá ya nueva savia de que disponer, será imposible que el país continúe desarrollando sus energías, sin las cuales ninguna tropa puede subsistir, y la guerra entrará en un periodo de calma, de incertidumbre, gastándose inmensas sumas y provocándose una ruina general sin que á pesar de ello se tengan seguridades de obtener á la postre una victoria definitiva.

Un ejército relativamente reducido podrá prolongar sus operaciones mucho tiempo, sin que el país se resienta en grado sumo y contando aquel con el apoyo y los refuerzos que mantendrán íntegra su capacidad combatiente. Pero la nación en armas no puede en modo alguno subsistir más allá de dos ó tres meses.

Claro es que si los dos beligerantes se inspiran en su organización en los mismos principios, habrá una ventaja, en cualquier concepto que se considere la cuestión, en reducir la duración de la guerra; puesto que uno y otro han de quedar inutilizados en un plazo perentorio, no hay duda que dentro de este plazo se resolverá la guerra. Nada pierden, por consiguiente, los poderosos en acudir al sistema de la nación en armas, que si bien exige un esfuerzo colosal, no obliga á mantenerlo mucho tiempo y permite volver pronto á la normalidad.

No acontece lo mismo con los pueblos pequeños que tienen vecinos poderosos. Imposible rivalizar con ellos en efectivos y recursos militares. Por mucho que hagan y aunque dediquen al Ministerio de la Guerra todos los recursos del Presupuesto, serán vencidos indefectiblemente, porque la

victoria será la consecuencia matemática de la ley de población. Pero si tienen en cuenta que los pueblos grandes, aquellos que, generalmente, más padecen y más pierden con la prolongación de las hostilidades, verán pronto melladas sus armas, habrán de comprender que las probabilidades del triunfo dependen más que de los primeros choques, de la duración que pueda darse á la resistencia. Si esta se prosigue sin tibieza, llegarán á agotarse los esfuerzos de los ejércitos colosales. No se arguya que en caso de una guerra entre países de fuerzas muy diferentes, el más poderoso se limitará á movilizar una parte de su ejército: si tal hace, no le será difícil al otro mantener en jaque y aun derrotar al invasor y éste habrá de ir poniendo en línea sucesivamente sus recursos, obteniendo de ellos un rendimiento mucho menor que el que le producirían todas sus masas empleadas de una vez.

De consiguiente, el problema militar, para un pueblo de segundo orden que tenga vecinos mucho más fuertes, se reduce á organizar su ejército fundándose en los dos puntos que siguen: 1.º mantener un ejército permanente bastante para rechazar cualquier intento inopinado de invasión, y organizar las reservas de tal modo que puedan bastar para entretener la capacidad combatiente del ejército de primera línea durante un plazo grande, el mayor posible; 2.º tener organizado en todo tiempo y en disposición de entrar inmediatamente en campaña, un ejército suficiente para detener al enemigo antes de que éste llegue á los puntos de que dependa la existencia nacional. Nada importa en efecto que los puntos avanzados y fronterizos caigan en manos del enemigo, si éste ha de ser finalmente derrotado; peor sería que á la vez que caen aquellos en manos del invasor, quedase deshecho é inutilizado todo el poder militar del defensor; precisamente lo que á este le interesa y conviene, es que su ejército pueda continuar la lucha á despecho de algunos reveses.

Así, mientras el fuerte, las Grandes Potencias, inspiran su organización militar en el deseo de realizar un esfuerzo máximo en poco tiempo y se proponen llegar al éxito final en un plazo perentorio, deber é interés sumo de los pueblos menores será aprovechar este punto débil de sus presuntos rivales: tener un ejército susceptible de mantener una guerra defensiva, de sucesivas, progresivas y lentas retiradas, que vayan inutilizando poco á poco al invasor. Este fué el sistema que seguimos á fortiori y sin darnos cuenta en nuestra guerra contra Napoleón, y el mismo á que han recurrido en todos los tiempos cuantos pueblos de segundo orden aun continúan independientes y no han sido absorbidos por otros más rápidos.

Imitar á los más fuertes que nosotros y copiar cuanto hacen no puede menos de conducir, como hemos indicado repetidamente y demuestra el sentido común, á una inevitable derrota. La aplicación, en efecto, de los principios que convienen á nuestros enemigos equivale prácticamente al

abandono de los que nos convienen á nosotros y acaso perjudican á nuestros adversarios.

El único punto verdaderamente difícil para una organización cimentada en las ideas que á grandes rasgos preceden, consiste en determinar qué zona del país es la que se puede abandonar tras una resistencia más ó menos empeñada y sin que peligre ni su integridad ni la del Reino, y cuáles son las fuerzas militares necesarias para la consecución de este objetivo. Todo lo demás es materia que se desprende de la premisa y que fácilmente se resolvería.

Dejémonos de teorías extranjeras, de ofensivas, de acometividad, de impulso, y de otras frases huecas y vacías de sentido. No hay sistema ninguno que sea bueno por si mismo. La palabra sistema ya es por si sola una condenación de lo que se hace. Cada sistema ha de adaptarse á las necesidades y características del pueblo y á los recursos de que puede disponer. De la misma manera que el pobre no puede imitar el género de vida del rico sino muy poco tiempo y corriendo á una ruina segura, nosotros, españoles, no podemos ni debemos imitar á los franceses y alemanes. Con medios más modestos obtendremos más provecho y seremos más respetados y solicitados que ahora, si sabemos prepararnos, no según lo que hacen los demás, sino conforme á lo que podemos y nos conviene.

J. A.



LA MALEDICENCIA EN LA HISTORIA

Todos estamos de acuerdo en vituperar la maledicencia; la calumnia merece nuestras más acerbas recriminaciones; pero esto es casi únicamente mientras se trata de personajes vivientes, de contemporáneos nuestros, porque si se menoscaba la honra y la fama de individualidades que desaparecieron hace ya varios siglos, entonces la cosa cambia de aspecto y no parece el hecho ser tan censurable, quizá ni siquiera merecedor de censura alguna.

Y tal modo de proceder no puede ser de más funestos efectos. Efectivamente: si se trata de personajes que durante largo tiempo han merecido todos los respetos, llegando á constituir su nombre verdaderos valores dinámicos para la conciencia nacional ó social, encarnando en su figura la potencia de la raza, el hecho de destruir insidiosamente su reputación, tiene consecuencias gravísimas para la sociedad, pues se fomenta así la desconfianza en sí misma, al verse obligada á prescindir de sus prestigios reconocidos.

No se pretende con lo dicho poner trabas á la investigación histórica; al contrario, estúdiense con atención, revisense todos los valores y destrúyanse los establecidos ligeramente y sin base positiva. Pero debe evitarse en absoluto hacer manifestaciones personales, reticencias no basa-

das en hechos reales y ciertos, perfectamente comprobados, que puedan empañar en lo más mínimo la reputación de los ejemplares privilegiados, por más incitado que á ello se vea el historiador por la moda ó el espíritu de los tiempos.

Varios són los ejemplos que pudieran citarse de esta falta de cuidado, pero por hoy nos limitaremos á un solo caso, de gran importancia para nosotros. Es innegable que la reina Isabel la Católica constituye para los españoles, uno de esos prestigios á que acabamos de hacer referencia: la crítica podrá descubrir defectos y equivocaciones en su política y en su gestión al regir los destinos de estos reinos, pero sería obstinarse ciegamente en negar la verdad, no reconocer en ella dotes excepcionales, mucho más dignas de admiración por razón de su sexo.

Pero, sobre todo, su reputación como mujer honrada, tan difícil de conservar libre de la calumnia en las alturas en que ella vivió, es para todos, absolutamente para todos, contemporáneos y generaciones posteriores, cosa indiscutible. Nadie ha dudado nunca de su virtud.

Por esto es digno de severa censura Quintana al permitirse decir que los cortesanos de la noble soberana "llegaron á sospechar, y aún murmuraron tal vez, si en este declarado favor que la reina le dispensaba (al Gran Capitán) habría algo más que estimación". *Murmuraron tal vez*; es decir, no está seguro de ello, lo supone; luego no debió decirlo. Aun estando seguro de haber existido tales murmuraciones, si las conceptuaba desprovistas de fundamento, debió abstenerse de propagarlas; no debió olvidar nunca que cada vez que se destruye un prestigio humano, se destruye con él la fe en la potencia de la humanidad para producirlos, y se duda de todos los existidos y de los que pudiera ofrecernos el porvenir. Sólo en casos excepcionales, por exigencias imperativas de la verdad, deberá procederse en tal forma.

En ningún autor contemporáneo se hace la menor alusión á tales sospechas y murmuraciones, antes al contrario, todos con rara unanimidad confirman la inmaculada virtud de Isabel, y el prestigio ejercido en la Corte por su honestidad. Y el mismo Quintana lo reconoce, porque á continuación del pasaje reproducido, trata de desvirtuarlo con las siguientes palabras: "pero la edad, las *costumbres austeras* de Isabel debían desmentir las cavilaciones de estos malsines, cuya envidia quería más bien *calumniar la virtud de una mujer sin tacha en esta parte...*" Pues estas consideraciones, pesando en el ánimo del historiador, debieron ser suficientes para impedirle escribir sus anteriores palabras, que no desvirtúa con llamar malsines á los calumniadores, pues es de sobra sabido con cuánto placer se acogen ciertas especies por el vulgo, mas aficionado á la malicia y al escándalo que al reconocimiento y respeto de la virtud. Su reticencia ha podido hacer mucho daño, y su justificación no será atendida seguramente.

Valía la pena que antes de lanzar tales palabras, meditara acerca de su fundamento, y si no encontraba en la Historia la comprobación de la maliciosa sospecha, atendiendo á la segunda parte de sus manifestaciones, prescindiera de unas y otras. No es lícito calumniar, ni aun para darse el gusto de defender después al perjudicado.

Otras faltas de cuidado se unen á la expuesta para aumentar sus efectos perniciosos; sirva la siguiente de ejemplo: nos dice Prescott que cuando la infanta Doña Juana emprendió el viaje para ir á reunirse con su futuro esposo el Archiduque de Austria, su madre la acompañó, negándose á separarse de ella hasta dejarla en el barco en que debía hacer la travesía, y como al regresar hubiese crecido la marea de un modo alarmante, siendo difícil encontrar un paraje apropiado para desembarcar, cuando los marineros se dispencian á remolcar la barca con cuerdas, Gonzalo Hernandez que desde la orilla presenciaba la escena con los cortesanos, se dirigió á la embarcación, y con el agua hasta el pecho, cogió en sus brazos á la reina y la depositó en tierra, en medio de los aplausos de los circunstantes y el agradecimiento de la augusta dama, que de este modo no se vió entre las toscas manos de los marineros.

A poco que se reflexione se nota en el hecho referido, algo poco conforme con el carácter de los personajes; su seriedad, sobre todo la de la Reina, padece, y lo mismo el valor de aquellos cortesanos, pues es lícito afirmar que todos se habrían lanzado al agua por su Reina, ó por cualquier otra dama, sin vacilar ni un momento. No es preciso recordar aquí mayores hazañas de aquellos nobles. Además, la Reina, hay motivos suficientes para afirmar que no la molestaban las manos del pueblo.

Pero el hecho referido no puede ser cierto, y ahora se justifica lo antes dicho de la falta de cuidado del historiador. Prescott lo ha copiado casi literalmente de Jovio, mas éste padeció una equivocación lamentable, y el primero no se tomó la molestia de indagar la posibilidad del caso. La Infanta salió del puerto de Laredo el 22 de agosto de 1496, y en esta fecha hacía ya más de un año que Gonzalo estaba en Italia, pues había llegado á Messina el 24 de mayo de 1495, no pudiendo, por tanto, encontrarse en la despedida de doña Juana. No ocurrió tampoco el hecho en otra época, pues no se encuentra de ello el menor rastro, y en cambio todos los historiadores que tratan con alguna extensión los sucesos de aquel reinado, hablan del peligro corrido por la Reina al regresar del barco donde dejaba á su hija, y exceptuando el detalle referente á la hazaña de Gonzalo, concuerdan en lo demás con lo dicho por Jovio.

Estas son ligerezas imperdonables que pueden dar lugar á suposiciones malévolas; la de Prescott, citada sólo como una muestra, no tiene trascendencia, ni se la quiso dar el autor, pero revela poca escrupulosidad, y esto es muy peligroso, porque unido á las ligerezas de otros autores que no vacilan en dar carácter de verdades históricas á sus propias

suposiciones, ocasionan el falseamiento del espíritu de los personajes, facilitando la tarea de quienes pretendan luego destruirlos por la calumnia. De ello puede resultar grave daño para la sociedad, porque si se trata de un caso como el actual, y ve el público que no se guarda respeto para la honradez de una mujer cuyo prestigio es inmenso, dudará de todas las virtudes al desconfiar de la de su modelo, pues esto ha sido esta Reina para los españoles, ó desconfiará de la honorabilidad de los historiadores, y en ambos casos se habrá introducido en la sociedad una causa nueva para la aparición ó el fomento del excepticismo, enfermedad social de terribles efectos, de la que no podemos ocuparnos ahora por ser asunto que requeriría muchas cuartillas.

MANUEL ALVAREZ ESPINOSA
Capitán de Infantería

ORIENTACIÓN DE LAS ORGANIZACIONES MILITARES DE ALEMANIA Y AUSTRIA-HUNGRÍA

Alemania ha sido la Potencia creadora del principio de la "Nación en armas", merced al cual asombró á Europa con sus espléndidas victorias de 1866 y 1870-71. Pero en ambos casos, ni los austriacos, ni los franceses habían aplicado el mismo principio con tanta latitud, por la cual se vieron sorprendidos por la desmesurada extensión que á sus concepciones estratégicas daban los generales prusianos, y las cuales solo eran posibles disponiendo de ejércitos numerosísimos, que no tenían costumbre ni por consiguiente sabían manejar los generales de las Potencias rivales.

Adoptado, después de la Campaña de 1870-71, por casi todas las naciones el mismo principio prusiano, se ha tendido durante más de cuarenta años á reforzar las reservas y á procurar que recibiera instrucción militar el mayor número posible de hombres, con la tendencia siempre á desarrollar una guerra de masas en grandísima escala. Pero esta tendencia, como algunas veces hemos hecho notar, tiene ciertos puntos flacos, especialmente el que se deriva de hacer depender la fuerza y eficacia del ejército de campaña de los reservistas, cuyas cualidades nunca pueden igualar á las de las tropas de primera línea y que acarrean además el inconveniente de producir un encuadramiento muy difícil.

Paralelamente al aumento de reservistas instruidos y á la formación de unidades y cuadros de reserva, los alemanes fundaban el éxito en la rapidez de la movilización y concentración, para que la guerra se decidiera antes de que el adversario pudiera empeñar sus fuerzas íntegras. Ambos objetivos, imitados por todos, han constituido la piedra angular de la organización militar alemana, estando tan equilibrados que se ha tendido tanto al uno como al otro hasta fecha muy reciente.

La alianza de Francia con Rusia y la reorganización del ejército ruso

movieron al Gran Estado Mayor alemán á variar sus procedimientos, toda vez que no era posible contrarrestar la superioridad rusa, sino ahora, dentro de algunos años; es decir, que el principio que condujo á la victoria á los alemanes en las guerras anteriores, amenazaba llevarles á una derrota en un plazo fatalmente perentorio. De aquí que se haya ya iniciado un alto en el sistema de masas y que, en una forma velada, se vuelva la vista hacia la calidad de las tropas con preferencia á la cantidad.

Tal es el objetivo disfrazado de las leyes últimamente votadas por las Cámaras alemanas. La ley del quinquenio de marzo de 1911, parecía no ser más que el medio de perfeccionar los servicios técnicos, incluyendo los destacamentos de ametralladoras, y solamente prevenia un aumento de 10,875 hombres, que había de obtenerse escalonadamente en el plazo dicho de cinco años.

Pero la tirantez de relaciones con Francia sobrevenida en el verano de 1911, venció las resistencias que las Cámaras oponían á los aumentos en los gastos militares y por la ley de junio de 1912 se alcanzó desde luego el efectivo á que debía llegarse en 1915; de esta suerte, el ejército alemán llegó á contar de un golpe con una fuerza en tiempo de paz de unos 700,000 hombres. Aumentando los contingentes anuales en 49,000 hombres, se consigne, por otra parte, reforzar el ejército dentro de veinticuatro años en más de un millón de hombres. Pero no es esto lo que principalmente deseaba el Gobierno, sino que lo presentaba únicamente como una ventaja accesoria y no inmediata.

Gracias al aumento de dos cuerpos de ejército -que ahora son ya 25- se han reforzado los efectivos estacionados en las fronteras de Francia y de Rusia; á la vez se han creado 106 destacamentos de ametralladoras, 17 batallones, 6 escuadrones, 30 baterías de artillería de campaña y algunos batallones de zapadores y tropas técnicas, obteniéndose en conjunto que cada cuerpo de ejército cuente con todos los servicios, bien dotados, que necesita en campaña.

Pero el principal objeto de la ley era otro; el aumento de los efectivos de tiempo de paz. Sabido es que en el ejército alemán los batallones y demás unidades análogas tienen en tiempo de paz uno de tres efectivos: el bajo, el medio y el reforzado. Mientras que las unidades que se encuentran en las fronteras y en los puntos más estratégicos están dotadas de los contingentes reforzados, las demás y especialmente las del interior, tienen los efectivos medios ó los bajos. En virtud de la ley de junio de 1912, nada menos que 123 batallones han sido elevados al contingente reforzado (641 clases y soldados, excluyendo los oficiales) de modo que de los 643 batallones de que constaba el ejército al promulgarse la ley, son de efectivo reforzado 219. De la misma manera, se han puesto en condiciones 111 baterías para atalajar en tiempo de paz seis cañones y dos carruajes, con la dotación y ganado de guerra.

El ejército activo consta ahora de 651 batallones, 633 baterías y 516 escuadrones, teniendo la tercera parte, casi, de todas esas unidades, un efectivo que se acerca mucho al de tiempo de guerra, lo que equivale á decir que la tercera parte del ejército alemán se encuentra movilizada en todo tiempo y en disposición de entrar en campaña. Esto supone una ventaja considerable sobre las naciones vecinas, puesto que se traduce en la ganancia de cinco á siete días en la fecha inicial de empezar las hostilidades.

A pesar de los gastos considerables que esta reforma ha impuesto, se ha anunciado la presentación al Parlamento de un nuevo proyecto de ley por el que se concederá un nuevo é importante crédito. Se le destinará principalmente á reforzar la fuerza de paz de otros batallones y baterías; á extender á toda la artillería la organización en baterías de cuatro piezas (ya admitida para la artillería á caballo), al aumento de la dotación de municiones por pieza, y, en último término, á formar nuevas unidades. Nótese, en efecto, como hecho significativo, que no obstante haber aun 18 regimientos que carecen del tercer batallón, se ha atendido antes y con preferencia á aumentar el efectivo de los batallones existentes, y se anuncia que se persistirá en el mismo camino cuando se conceda el nuevo crédito. De suerte, que el ejército alemán, sin desprestigiar la importancia del número, antes al contrario preocupándose de ella, estima más urgente y más indispensable, reforzar el ejército activo aproximando sus efectivos á los de guerra. No es aventurado afirmar que antes de pocos años, una parte de aquel ejército estará enteramente movilizada en todo tiempo, y como allí la instrucción es continua, perseverante y profunda, se habrá llegado, sin decirlo, al ideal de tener un ejército que gozará de las dos ventajas que parecían antitéticas: la fuerza numérica de la masa y el carácter profesional.

La aeronáutica y la aerostación van á recibir también un poderoso impulso; pero esta medida va dirigida principalmente contra Inglaterra, porque la prensa alemana no se recata de decir que en la futura guerra naval será menester hacer un grande esfuerzo en el aire para poner fuera de combate á los barcos enemigos, especialmente á los *dreadnaughts*; en este concepto, la escuadra alemana se encuentra bajo todos aspectos en mejores condiciones que su rival la inglesa. Los poderosos dirigibles alemanes, completados por las flotillas de aeroplanos, serán en lo sucesivo un argumento poderoso que acallará las impertinencias de los ingleses, como las bayonetas y cañones del ejército de tierra han impuesto repetidamente prudencia á los franceses.

Austria era, de todas las Grandes Potencias, la que menos nutridas tenía las unidades en tiempo de paz. Ello era causa de que la instrucción fuese siempre deficiente y constituía un escollo en el que fracasaban las mejores voluntades; era el punto flaco y vulnerable del ejército.

Poco después de aprobada la ley alemana de 1912, promulgáronse en Austria-Hungría cinco leyes que se completaban mutuamente. Su principal objeto es el de reforzar los contingentes anuales de reclutas y los efectivos de paz, tanto del ejército activo como del de reserva y el territorial.

A partir del presente año, se llaman anualmente al servicio á 75,000 reclutas más que antes. Este refuerzo del ejército activo, mediante la ampliación de las plantillas en tiempo de paz, no debetener completo efecto, según las leyes, hasta 1915, pero como por consecuencia de la guerra de Oriente Austria ha movlizado sus tropas hace más de dos meses y las tiene consagradas á prácticas y ejercicios incesantes, puede afirmarse que ha logrado su propósito desde luego. El número total de unidades con que cuenta aquel ejército es de 683 batallones, 996 ametralladoras, 353 escuadrones, y 586 baterías de todas clases. En lo porvenir, el número de reservistas instruidos aumentará en unos 600,000 hombres. Se ve, pues, que Austria-Hungría se mueve paralelamente á Alemania, si bien el retraso en que se halla respecto de su vecina en lo que atañe á organización militar le ha obligado á no descuidar el aumento de unidades.

Resulta de lo expuesto que aunque el número de cuerpos de ejército y su situación apenas han variado en la Europa Central, la solidez de estas fuerzas, su instrucción y su facilidad de rápida é inmediata movilización, hacen mucho más temibles á los dos ejércitos en tiempo de paz, poniéndoles en condiciones, que apenas se podían sospechar hace diez años, para abrir sin pérdida de tiempo una campaña. Gracias á estas medidas que se irán desarrollando paulatinamente, el peligro ruso queda muy amortiguado, porque aunque Rusia imite á sus vecinas le sería punto menos que imposible detener á los ejércitos enemigos, dadas las enormes distancias que tendrían que recorrer sus tropas antes de llegar á la frontera y las pérdidas de tiempo, por igual motivo, que habria al procederse á la concentración.

A esta amenaza velada, pero terrible, veremos cómo contestará Francia, aunque se puede presumir cual será su proceder: gastar más en el ejército para disponer de más cañones y más medios técnicos, y reforzar también las unidades; pero no podrá rivalizar en esta via con Alemania y Austria, por la disminución de los contingentes anuales de mozos y el estancamiento de la población.



APUNTES PARA UN ESTUDIO MILITAR

DE LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA

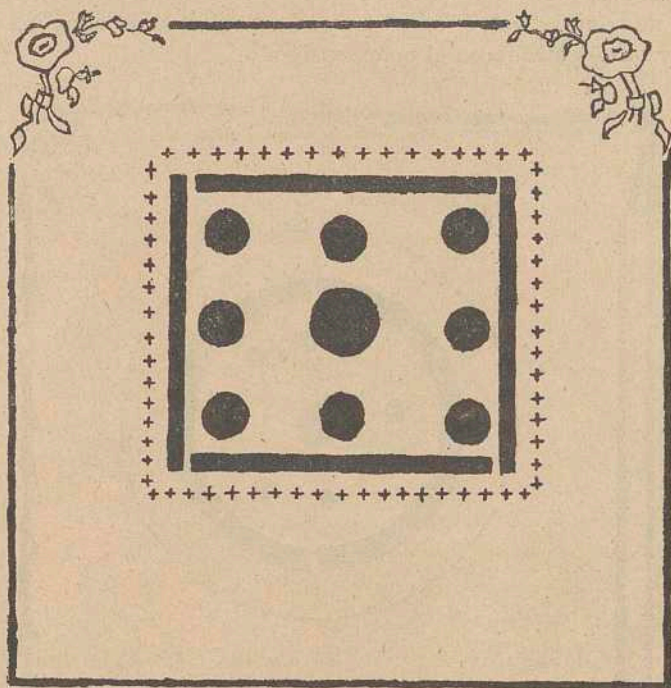
(Continuación)

El combate

“Un día lunes, á la media noche—nos dice un cronista del hecho—sonó en las tiendas de los cristianos voz de alegría é comenzó el prego-

nero á pregonar que todos se apayasen ó seguirasen para el día de la lid de nuestro Señor Jesucristo.“

Y preparados convenientemente en la parte espiritual, después de solicitar la gracia de Dios, trabóse la batalla con no muy buenos auspicios para los cruzados de la fe.



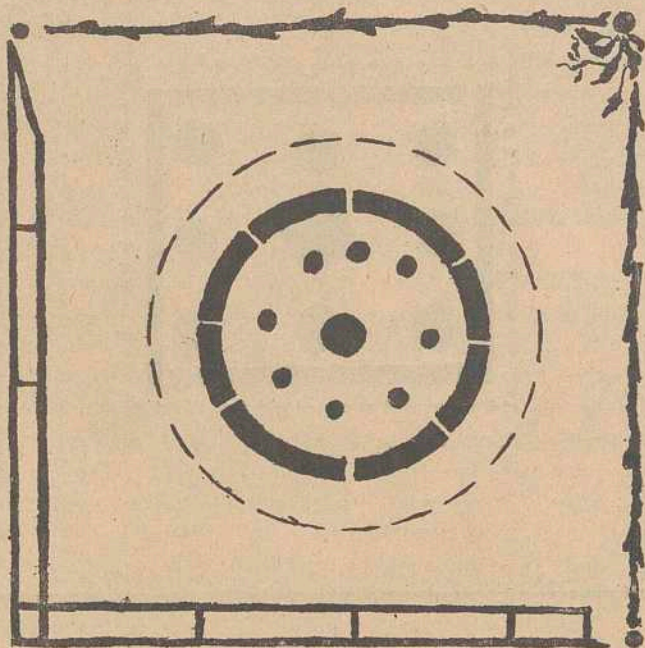
Campamentos

Mientras estos preparativos creyentes y de puro orden moral, se hacían en el campamento de los españoles, los árabes recibían de su emir la siguiente alocución, cuyos límites encierran todo el programa de aspiraciones de tal raza y la demostración de cuán necesario era el esfuerzo hecho por Alfonso VIII para vencerlos.

Les decía Mohamed: “Que aquel día debían pelear con extremo esfuerzo, que sería el fin de la guerra, quier venciesen, quier fuesen vencidos. Si venciesen, toda España sería el premio de la victoria, por tener juntas los enemigos para aquella batalla con suma diligencia todas las fuerzas della; si fuesen vencidos, el imperio de los moros quedaba acabado en España. Su ejército constaba de una nación, el de los cristianos de una avenida de muchas gentes, diferentes en leyes, lengua y costumbres, la mayor parte había desamparado las banderas, los demás no pelearían

constantemente por ser de unos el peligro, el provecho y premio particular de otros."

El deseo del triunfo resplandecía en las aspiraciones encontradas de los combatientes y ambos, como dijimos al principio y recordamos ahora, iban á ventilar no un problema de fe ó de fanatismo, sino una verdadera lucha de independencia de los pueblos nacidos al calor de la reconquista y que de no triunfar, volverían á caer en la esclavitud de aquellos que con pujanza y brío destronaron el poder visigodo.



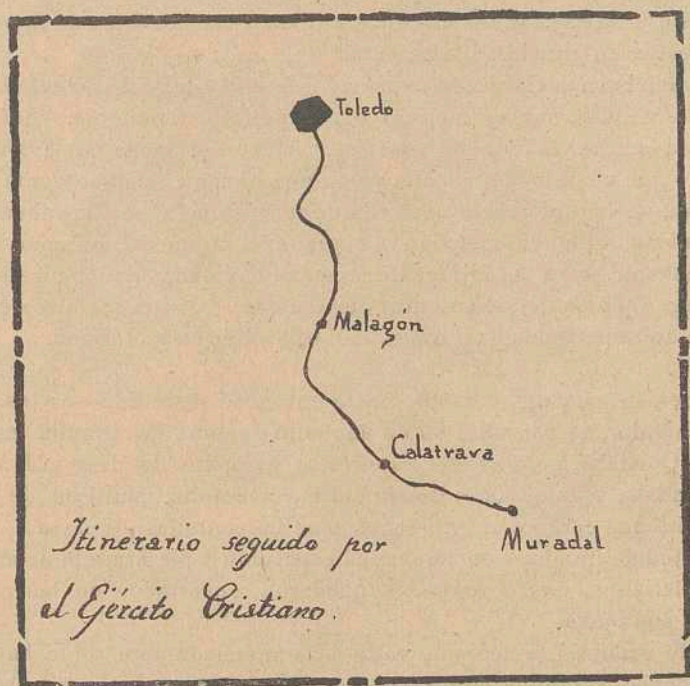
Campamentos

La batalla, pues, iba á ser sangrienta, densa, decisiva para la causa cristiana, y más aún, para la independencia española.

"Cuando el sol comenzaba á dorar las altas colinas de Sierra-Morena, un sordo murmullo se oyó en ambos campamentos, anuncio de que iba á dar principio la batalla. Mirábase frente á frente los innumerables guerreros que seguían los pendones de las dos opuestas creencias; jamás en cinco siglos se había visto reunido en España tanto número de combatientes; á lo menos por parte de los musulmanes, según sus mismos historiadores"; pues "nunca antes rey alguno—al decir de Conde—había congregado tan inmenso gentío, pues iban en aquel ejército 160.000 voluntarios entre caballería y peones y 300.000 soldados de excelentes tro-

pas, almohades, alárabes y zenetas, siendo tal la presunción y confianza del emir en esta muchedumbre de tropas que creía no había poder entre los hombres para vencerle."

"Serían los cristianos—dice otro historiador del que copiamos íntegra la descripción de la batalla—como la cuarta parte de este número y bien era necesario que al número supliese el ardor y la fe. Suenan los atabales y clarines en uno y otro campo; la señal del combate está dada y moros y cristianos se arrojan con igual ímpetu y coraje á la pelea. El valiente D. Diego López de Haró fué el primero de los nuestros en acometer con



los caballeros de las órdenes y los consejos de Castilla; de los musulmanes, lo fueron los voluntarios en número de 160.000. Imposible fué á los nuestros resistir la primera acometida de los infieles con sus largas y agudas lanzas y se cuenta que Don Sancho Fernández de Cañamero, que llevaba el pendón de Madrid con un oso pintado, huyó con él en vergonzosa retirada, hasta que encontrado por el rey de Castilla, le obligó lanza en ristre á volver otra vez el rostro al enemigo y recobrar el honor de su bandera.

"Pero D. Diego López, blandiendo su robusta lanza tantas veces teñida en sangre enemiga, auxiliado de los de Calatrava y resguardado con

su armadura de hierro, metíase por entre los infieles y se cebaba en matar. Envalentonados no obstante los moros con el éxito de la primera carga, volvieron á acometer con nuevo brío y rompieron las filas de los navarros; y aunque acudió con oportunidad el rey Don Pedro con sus aragoneses, lograron todavía algunos audaces moros penetrar hasta cerca de donde estaba el rey de Castilla, el cual á vista de aquello, aunque sin inmutarse "nin en la color, nin en la fabla, nin en el continente", dice la Crónica, se dirigió al arzobispo Don Rodrigo y le dijo en alta voz: "Arzobispo, yo é vos muramos aquí"; á lo cual el prelado contestó: "Non quiera Dios que aquí murades; antes aquí habedes de triunfar de los enemigos." Entonces dijo el rey: "Pues vayamos á prisa á acorrer á los de la primera haz que están en grande afinamiento."

"En vano Fernan García se avalanzó á la brida del caballo del rey para contenerle y evitar que se metiera en el peligro diciéndole: "Señor, id paso que á acorrer habrán los vuestros." Al ver el monarca castellano á un clérigo que vestido de casulla y con una cruz en la mano venía desalentado ya, perseguido por un pelotón de moros que así se burlaban de su pusilanimidad, cómo denostaban al sagrado signo que en su mano traía y le apedreaban, apretó las hijares de su caballo, y encomendándose á Dios y á la Virgen y blandiendo su lanza dióse á correr contra los atrevidos infieles. Siguiéronle todas sus tropas, incluso obispos y clérigos.

"Desde este punto el combate hasta entonces sostenido por los almohades con valor, se convirtió en un degüello general de aquella inmensa morisma. Quedaba, no obstante, íntegro el parapeto de diez mil negros que circundaba y defendía la tienda del miramamolín. Multitud de caballeros cristianos cargó con brío sobre aquellas murallas de picas.

"Multitud de hombres encadenados esperaron á pie firme la acometida de los cristianos, cuyos caballos quedaron ensartados en las agudas puntas de sus lanzas.

"Pronto embistió la acerada valla otra muchedumbre de caballeros, que pertrechados con bruñidas corazas, calada la visera que cubría su rostro, empujaban sus pesados cuerpos con la misma confianza que si fuesen invulnerables contra la falange inmóvil de los apiñados etíopes, cuya negra faz y horribles gesticulaciones provocaban más la rabia de los guerreros cruzados.

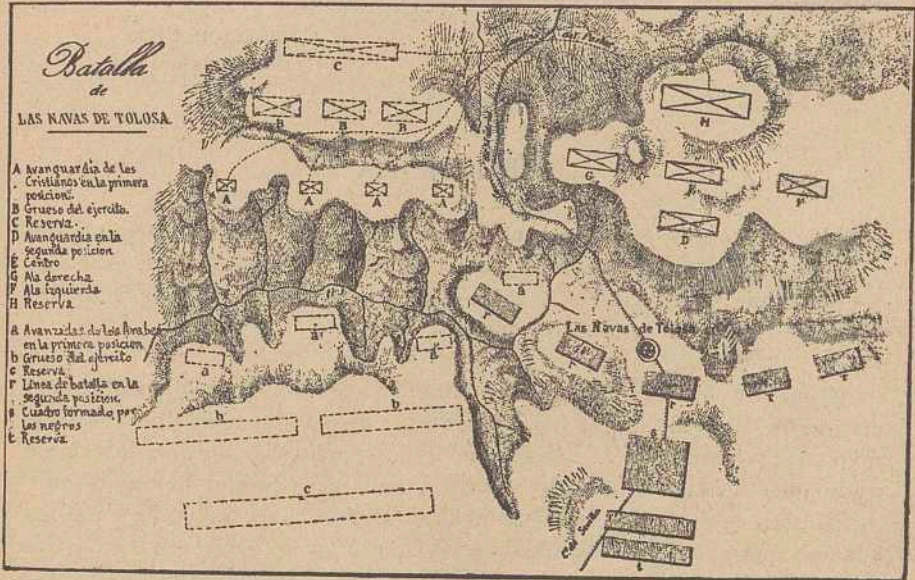
"Distinguíase cada paladín español por los emblemas y divisas de sus armas y blasones, por el color de sus cintas y penachos, muchos de ellos ganados en los torneos, algunos en los combates de tierra santa.

"Sabíase que el caballero del Aguila Negra era el esforzado Garci Romeo; que el del alado Grifo era Ramón de Peralta; Xiriméu de Góngora el de los cinco Leones; que los de la Sierpe Verde eran los Villegas; los Muñozes los de las Tres Pajas; los Villasecas los del Forzado Brazo; los

de la Banda Negra los Zúñigas y los de la Verde los Mendozas...

“Mil gritos de aclamación avisaron haber ocurrido alguna novedad feliz. Así era en efecto. En medio del palenque de los bárbaros, descollaba un ginete tremolando el pendón de Castilla: era D. Alvaro Nuñez de Lara.

“Su ejemplo incita á otros caballeros y dando estocadas de revés lo gran abrirse paso. Mas al penetrar en el círculo, los intrépidos ginetes encuentran al rey de Navarra que, rompiendo la cadena por otro flanco, había entrado antes que el de Lara.



Plano de la batalla, de la obra del Conde de Clonard

“Siguiéron al navarro algunos tercios aragoneses, como al de Lara los castellanos, y ya entonces fué todo destrozo y mortandad en los obstinados negros, que caían á centenares y aún á miles, pero sin rendir ninguno las armas, y blasfemando de los cristianos y de su religión en su algarría grosera.

“Los cristianos persiguieron á los fugitivos hasta cerrada la noche; el rey de Castilla había mandado pregonar que no hiciesen cautivos, y en su virtud se cebaron los cristianos en la matanza hasta dejar todos aquellos campos tan espesamente sembrados de cadáveres que con mucho trabajo podían dar un paso por ellos los mismos vencedores.

“El Arzobispo de Toledo volviéndose al rey de Castilla “acordaos—le dijo—con noble y digno continente, que el favor de Dios ha suplido á vuestra flaqueza y que hoy os ha relevado del oprobio que pesaba sobre

vos. No olvidéis tampoco que al auxilio de vuestros soldados debeis la alta gloria á que habéis llegado en este día.“

“Hecha esta vigorosa alocución, el mismo arzobispo rodeado de los obispos castellanos Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma, Domingo de Plasencia y Pedro de Avila, entonó con voz conmovida sobre aquel vasto cementerio el *Te Deum Laudamus*, á que respondió toda la milicia casi llorando de gozo.“

Tal fué la gloriosa epopeya de los cristianos, en la que lucharon todos á porfía, poniendo de manifiesto el valor indómito de los hijos de España.

Continuará

FEDERICO PITA
Capitán de Infantería

BIBLIOGRAFÍA

Au Feu avec les turcs, por el mayor von Hochwaechter; traducido del alemán por el comandante Minart.—Paris, Berger-Levrault, Editeurs, Rue des Beaux-Arts, 5-7, 1913.—(22 × 14).—122 páginas y cuatro mapas fuera del texto.—3 francos.

El mayor alemán von Hochwaechter sirvió como agregado en el estado mayor de Mamud Mujtar Bajá, durante la primera campaña de Tracia, y tuvo la previsión de ir anotando sus impresiones día por día, que ahora, traducidas al francés, ha dado á la estampa la casa Berger-Levrault.

El libro es de índole tan personal, se reflejan hasta tal punto en él los sucesos que el autor presencié, que leyéndolo puede decirse que se asiste á la campaña. Entre las muchas obras que sobre las últimas guerras se han escrito, de índole análoga á la que nos ocupa, figura ésta en primera línea; con ello queda hecho su mayor elogio. El mayor von Hochwaechter se limita á reseñar la participación que tomó en la guerra y lo que vieron sus ojos, sin entrar en descripciones más ó menos fantásticas, ni hacer hipótesis, ni fiarse de lo que oía; pero su relato arroja muchísima luz sobre las derrotas de los turcos, y, al mismo tiempo, explica los débiles resultados obtenidos por los búlgaros, que éstos tuvieron cuidado de exagerar en proporciones extraordinarias.

Recomendamos eficazmente este libro á nuestros lectores, que seguramente no lo dejarán de la mano en cuanto empiecen su lectura.